

## “CRISTO HA VENIDO POR TI”

### PREGÓN DE LA SEMANA SANTA EN LEÓN

Francisco Javier Martínez  
Obispo de Córdoba

Querido Sr. Obispo, hermanos sacerdotes, abades y miembros de la Junta Mayor, miembros de las Cofradías y Hermandades; Excmo. Sr. Alcalde, autoridades, queridos hermanos y hermanas:

No sé el motivo que pudo haber movido a D. Mario, el Secretario Canciller de la Diócesis y Delegado Episcopal en la Junta Mayor, a llamarme hace unos meses, de parte de D. Antonio Vilaplana y de la Junta Mayor de Procesiones de Semana Santa, para pedirme que viniera a dirigiros la palabra esta noche, e inaugurar oficialmente la Semana Santa de este año en León. Creo que debo este honor, que agradezco muy de veras, sólo a la amistad que nació, hace ya muchos años entre D. Mario y yo, cuando él era párroco en Posada de Valdeón, y yo solía ir, junto con otros sacerdotes, por aquellas montañas, acompañando a grupos de jóvenes de varias parroquias de Madrid. Las peripecias de aquella amistad incluyen algún susto en una noche de niebla y llovizna, en que varios de nosotros nos habíamos perdido en el bosque...

#### 1. Gratitud por una historia de gracia.

En aquellos años y en aquellos paisajes he vivido yo algunos de los momentos más hermosos de mi vida. Lo digo sin nostalgia de ninguna clase: con aquellos jóvenes, subiendo la canal de Capozo, o viendo amanecer en Llago Huerta, entre las dos imponentes moles de Torre Bermeja y Peña Santa de Castilla, o bajando el vertiginoso camino que lleva del Jou Santo a Caín por la Canal de Mesones, aprendíamos a ser hombres, esto es, a reconocer la presencia y la compañía de Jesucristo en la vida, en las cosas, en las circunstancias, y sobre todo, en las personas. Y así aprendíamos a vivir, por el reconocimiento de esa presencia, de un modo sorprendentemente humano, y también contentos. ¡Contentos!

Si, contentos sin artificio, verdaderamente libre. Ciertos de que quien nos daba tanto de un modo sencillo y tan bello, porque se nos daba.

Él mismo en aquella compañía humana, nos había llamado a la vida precisamente para esa alegría. Pues en esa alegría se cumplía, en efecto, su promesa del ciento por uno en esta vida. Y de ahí nacía la certeza de que también cumpliría la promesa de una vida gozosa y sin fin. En realidad, lo que aprendimos a vivir en los Picos de Europa era tan normal que coincidía simplemente con el anhelo del corazón de cualquier persona. Y a la vez, y por eso mismo, era tan extraordinario, tan excepcional, como la resurrección de un muerto. Quienes vivimos aquella experiencia hemos podido verificar mil veces después que lo que aprendimos allí era verdad: Jesucristo, cuya presencia aprendimos a reconocer en aquellos campamentos, sostiene la vida, y hace posible vivirla con la dignidad y el gozo que todo hombre desea para sí, pero que nadie puede darse a sí mismo.

Muchas veces después, cuando en el ministerio episcopal, en Madrid o en Córdoba, me he encontrado con personas de León o de aquellos valles, he comentado con gusto que mi corazón lleva siempre el Valle de Valdeón conmigo. Repito que este comentario no refleja la nostalgia de unas vivencias conmovedoras del pasado, porque aquella experiencia esta más viva hoy que entonces. Ni refleja tampoco el asombro

ante la belleza sobrecogedora de aquel paisaje, sólo aparentemente lunar, pero en realidad minuciosamente cuidado hasta en sus más pequeños detalles para que el hombre pueda reconocer a la vez su pequeñez y su grandeza, y sobre todo, para que pueda reconocer a Aquél que le da todo en todo momento. Es más bien la expresión de una gratitud inmensa por una historia resplandeciente de verdad que el Señor ha ido haciendo. En la historia que Dios hace, la vida se hace grande en la sencillez de una amistad que no es sino la forma humana, actual, de la misericordia de Cristo –en lenguaje teológico, esa amistad se llamaría “comunión” –, porque uno puede reconocer en toda circunstancia la presencia de una amor sin límites, y ese amor permite esperar razonablemente en la vida eterna, “porque su amor no tiene fin” (Sal 99, 5; 105, 1; 106, 1; 117, 1-4. 29; 135 1-26).

Creo que fue sobre todo por gratitud a esta historia por lo que no fui capaz de negarme a vuestra petición. El mismo que me condujo sin buscarlo, en el verano de 1974, al Valle de Valdeón, me ha desposado ahora, como testigo suyo y sucesor de los Apóstoles, a la Iglesia hermana que vive en Córdoba, y a ella me debo por entero , y debo toda mi vida. Sois conscientes, como yo, de la riquísima tradición cofrade de Córdoba, distinta sin duda en muchos matices de la vuestra, como corresponde a una Iglesia que vive más al Sur, pero nacida en la misma fe, en la comunión de la única Iglesia, del único cuerpo de Cristo. Sabéis también que la Iglesia en Córdoba es hija del testimonio de sangre de sus muchos mártires, y del testimonio de vida de sus muchos santos. Pero no voy a hablaros de la belleza de la Iglesia de Córdoba, porque no acabaría, y no habría entonces pregón. Sólo quiero deciros que es una gracia, la gracia de las gracias, poder gastar la vida dando a conocer a Aquél “cuya gracia vale más que la vida” (Sal 62, 4). Es un regalo poder gastar la vida cuidando de este pueblo en el que Jesucristo vive misteriosamente, y que es lo más bello y humano que hay en la tierra. Este pueblo, esta familia de Dios a la que vosotros mismos pertenecéis, aunque herido y maltratado con frecuencia, doliente muchas veces como el rostro de las imágenes de Cristo en la Pasión, es el espacio humano donde radica la esperanza del mundo.

## 2.El hombre en el contexto cultural contemporáneo.

Lo que sí recuerdo es que, apenas colgué el teléfono, me dije: “Sí, voy”. Voy a hablar del hombre, del hombre real. Y voy a anunciar a Jesucristo, el Redentor del hombre, como la posibilidad que se nos da hoy a nosotros de encontrar la vida verdadera que todo anhelamos”. Al decir esto, soy consciente de que me sitúo en el corazón mismo de esta gran Tradición cristiana de la que han nacido, tanto las imágenes que procesionamos en la Semana Santa como las mismas cofradías. En otras palabras, lo que yo voy a decir es lo mismo que proclaman en silencio nuestras imágenes de Jesús y de María, desde las más clásicas hasta las más modernas. Una pequeña reflexión sobre el hombre (apenas esbozada en algunos puntos característicos de nuestra experiencia de la vida), y un anuncio nuevo del Redentor, y de la vida que nace de la redención de Cristo, eso es lo que va a ser mi pregón.

Vengo, pues, a hablaros de nosotros, hombres y mujeres que vivimos en este mundo, y en este preciso momento de la historia, y de las cosas que nos importan en la vida, y de lo que Jesucristo significa para esa vida nuestra. Hablar de otra cosa sería algo parecido a vender instrumentos médicos o medicamentos en mal estado a un hospital. Hay una inolvidable escena en la película “El tercer hombre”, de Carol Reed (o quizás de Orson Wells, porque cree que el director de “Ciudadano Kane” aportó a la película mucho más que su interpretación), que tiene como fondo ese tema de los

medicamentos deteriorados en una Viena recién liberada de los nazis, pero humanamente destruida por la guerra. En una asfixiante cabina de la noria gigante del Prater de Viena, Joseph Cotten, que representa al novelista del oeste Holly Martins, le pregunta a su amigo el criminal Harry Lane (interpretada por Orson Wells), oficialmente muerto, pero libre para dedicarse a sus operaciones de contrabando y de mercado negro, si ha visto alguna vez a alguna de sus víctimas. Mientras la cámara toma desde lo alto de la cabina una imagen de la calle y de las demás atracciones del Prater en la que los hombre aparecen como un punto que se mueve, apenas discernible en la pantalla, Orson Wells le responde:

*"¿Víctimas? No seas melodramático. Mira ahí abajo. ¿Sentirías compasión por cualquiera de esos puntitos negros si dejaran de moverse? Si te ofreciera veinte mil dólares por cada puntito que se parara, me dirías que me quedase con mi dinero, o empezarías a calcular los puntitos que serías capaz de parar? Y...libre de impuestos, amigo, libre de impuestos". Un poco más adelante en la misma conversación, Orson Wells comenta: "Nadie piensa en términos de seres humanos. Los gobiernos no lo hacen, ¿por qué íbamos a hacerlo nosotros?"*

La concepción del mundo que reflejan estas palabras, aunque rara vez expresada públicamente –al menos en aquellos años– con la acidez y la crudeza de este film, se llama nihilismo. El nihilismo está detrás de todas las estrategias que han llenado de muerte y de desesperanza la historia de Europa en el siglo que acabamos de terminar, aunque sus raíces se hunden más atrás de la historia. Y no nos creamos que está tan lejos de nosotros. Los asesinos de ETA, que siembran de muerte y quisieran sembrar de temor y desarraigar la libertad y la esperanza del País Vasco y del resto de España, son un ejemplo patente de esa misma actitud, un ejemplo que nos afecta y nos duele vivamente a todos.

Pero, ¿de dónde nace ese nihilismo, para el que la vida humana termina no teniendo ningún valor, y que asume de manera crónica en la historia reciente de Europa unas formas tan brutales? Ciertamente, no por generación espontánea. A mi juicio, es una manifestación patológica, la más radical, extrema y consecuente de una posición mucho más difundida, y de la que somos en general poco conscientes. El nihilismo, en efecto, tiene también formas más suaves, más aparentemente amables, con las que convivimos todos los días, y de muchas de las cuales somos cómplices, o ante las que manifestamos una sorprendente inhibición intelectual y moral.

Acaso lo más sugerente de la terrible escena de "El Tercer Hombre" radica en la intuición de que, para que la vida humana no tenga valor basta con mirar al hombre de lejos. Dicho de otro modo, el nihilismo radical nace y se nutre de las ideologías. Eso es hoy algo que sabe todo el que lo quiere saber. En las ideologías, en efecto, la verdad de la persona humana y de sus exigencias elementales, y la consideración de su destino, es sustituida por una consideración abstracta del hombre o de la sociedad, en la que el hombre concreto está siempre en función de otra cosa, ya sea la raza o la nación, el paraíso marxista, el progreso económico o científico, o la misma libertad, cuando esa libertad es considerada también de forma abstracta, sin fundamento, sin vínculos verdaderamente humanos y sin objeto. Hasta el sentido religioso, que es un dato constitutivo del ser del hombre, puede ser fácilmente utilizado ideológicamente. Al final, el hombre está siempre en función de lo políticamente correcto, es decir, lo que decide el poder. El poder pasa a ser la categoría fundamental de la vida humana, y de las relaciones humanas. Y a las personas, frustradas en sus exigencias más

elementales, humilladas en su dignidad, les queda la soledad y la violencia: violencia consigo mismo primero, violencia con los demás, con la realidad entera. Violencia en la relación entre hombres y mujer, violencia en la familia, en el trabajo, en la vida social.

### 3.El nihilismo en la vida cotidiana.

Llevamos tanto tiempo mirando al hombre de lejos que estamos poniendo en peligro nuestra existencia. El ensayista y crítico literario inglés C. S. Lewis escribió en los años cuarenta un libro que se titulaba "La abolición del hombre". Por esas mismas fechas, el novelista francés G. Bernanos repetía que Europa estaba obsesionada con la idea del suicidio. Por no hablar ahora más que de España, pienso que llevamos demasiado tiempo jugando con la verdad de la persona humana, censurando o deformando las preguntas más graves, y también más elementales de la vida humana, como la verdad sobre el matrimonio y la familia, o el verdadero significado del trabajo, de la educación y del derecho, o la responsabilidad ante la unidad de la patria (que a mi entender, no es sólo una realidad política, sino también un valor moral), por citar algunos de los ejemplos más graves.

Llevamos demasiado tiempo evitando que se traten con seriedad cuestiones en las que esté implicada la verdad y la mentira, o el bien y el mal, o el significado de la existencia humana. Hemos llegado a creernos, sin darnos cuenta, que Dios es una idea subjetiva y privada, sin relevancia alguna para la realidad, y que la fe cristiana es exactamente lo que decía Gramsci, el padre del eurocomunismo, un puro residuo cultural de nuestro pasado, o algo peor, casi un accidente de nuestra historia del que habría que avergonzarse. Son cosas que no suceden sin consecuencias en la historia de las personas y de los pueblos, exactamente igual que no queda impune el conducir habitualmente a 160 kms por hora con unas copas de más, o que no carece de consecuencias al despreciar la ley de la gravedad y decidir salir de casa por la ventana en vez de bajar por la escalera. Estos juegos nos hacen correr un grave riesgo, el de perdernos, como personas en primer lugar, pero también, como pueblo con una identidad y con una tradición, y como nación.

Pero no se piense que estas cuestiones de fondo están ausentes sólo en los foros públicos en los que uno podría pensar que deberían ser tratados. Tampoco tengo la menor intención de cargar sobre el mundo una responsabilidad que, en el fondo, nos atañe más que nada y en primer lugar a los cristianos. Como cristiano, sé que el mundo, y Cristo ha derramado su sangre para redimirlo. El mundo no me escandaliza, sino nuestra falta de fe. Sé muy bien que entre la condición del mundo y la calidad del testimonio cristiano de fe, la sustancia cristiana de nuestra vida, hay una misteriosa, pero insoluble relación. Por eso lo que de verdad me duele cuando miro la realidad de nuestro mundo, son mis pecados, o si queréis, nuestros pecados, ya que en la Iglesia formamos todos un solo cuerpo, y somos los unos miembros de los otros: y no precisamente nuestras "incoherencias", y menos aún nuestras debilidades, sino al vaciamiento de nuestra condición de creyentes, la debilidad de nuestra fe.

Lo que estoy tratando de decir ahora, sin embargo, es diferente de esta cuestión más bien teológica. Lo que quiero decir es que las cuestiones que acabo de mencionar más arriba no son cuestiones de expertos, de especialistas, de filósofos o de responsables de la vida pública. Son cuestiones de cada uno de nosotros, en las que está totalmente implicada nuestra vida, y a las que cada uno inevitablemente respondemos, hasta cuando no queremos responder. Cada hombre y cada mujer, en

cada instante de la vida, está respondiendo a estas preguntas en cada decisión que toma, en cada actitud ante las realidades y circunstancias que la vida ofrece cada día, en cada paso que da. Cuando un matrimonio prefiere un cierto bienestar económico a un hijo, se está diciendo algo sobre cómo uno concibe la vida, sobre para qué es la vida, que no está tan lejos como parece de las reflexiones de Orson Wells. Vivir, aún para quien nunca las formule así, es responder a estas preguntas fundamentales: ¿Quién soy yo? ¿Para qué estoy –estamos- en la vida? ¿Qué significado, qué sentido, tienen las existencia humana y la realidad? Todos las respondemos todos los días, las estamos respondiendo constantemente, por el mero hecho de hacer cosas y de vivir.

La verdad es que el nihilismo más pavoroso se encuentra precisamente ahí, en la vida cotidiana. En el sufrimiento y la desazón de una existencia cada vez más acelerada, pero cada vez también menos consciente de hacia donde conduce la aceleración. En la falta de sentido y de gusto por la vida hacia dónde conduce la aceleración. En la falta de sentido y de gusto por la vida que envenena en muchos casos la vida familiar, el trabajo y el ocio, y en que abrumba a muchísimos hombres, especialmente a las generaciones más jóvenes, a las que dejamos sistemáticamente sin respuesta acerca del sentido último de las cosas. En la práctica, en muchas ocasiones, y al tratar las cuestiones de la vida, es como si le diéramos la razón el ideólogo J. P. Sastre cuando decía a comienzos del siglo pasado que "la existencia es un absurdo entre dos nada".

La afirmación de Sastre tiene mucha más actualidad de la que pudiera dar a entender su época. Más bien, lo que entonces parecía una afirmación radical, forma parte de la actitud normal ante la vida de muchos que jamás han leído Sastre. Por no dar más que un ejemplo, hace apenas un mes, el 1 de marzo pasado, Vicente Verdú escribía en el diario "El País" un artículo titulado "La inexorable necesidad del Otro". En él ponía de manifiesto ese nihilismo de nuestra vida cotidiana. El artículo describe de un modo bastante concreto cómo en nuestra sociedad, y sobre todo para las generaciones más jóvenes, han caído, uno tras otro, lo que se han llamado "los grandes relatos": Dios, por supuesto, pero también la Revolución, el Pueblo, la Raza, la Democracia. No creo que sea inútil leer algunos párrafos.

*"El Otro como referencia ha desaparecido del horizonte y hoy cada cual ha de arreglárselas con sus cosas. Existe, cierto, una vaga conciencia en torno al bien el mal pero impera un general relativismo que permite cohabitar las religiones, los credos e ideologías gracias a la tibieza de la fe. Nada existe fuerte, distintivo y referencial.*

*De esa manera el individuo no sabe nunca del todo a qué atenerse y en qué grado suficiente ha cumplido con el deber. Actualmente hay 700 millones de deprimidos en el mundo, la mayoría en el mundo occidental. Dos veces más deprimidos de los que había en 1950. Día tras día se incrementa el número de personas que ven debilitada su autoestima y la mayoría sufren la insuficiencia de un reconocimiento superior. No la fama, la fortuna o las medallas, sino el reconocimiento de algún referente llegado desde la voz de El Otro que dé paz por sus logros, facilite el acuerdo con lo real, apacigüe respecto a las responsabilidades.*

*Hace apenas veinticinco años la familia tenía mala fama. Se estimaba que a través de ella se inculcaban los valores burgueses y se prorrogaba la cultura de la represión. Pero ahora la familia se ha liberado. Se ha liberado de la sexualidad procreadora, del matrimonio, de la vieja dependencia paterno-filial.*

*Simultáneamente, han triunfado la democracia y las vanguardias artísticas. Pero ahora, también, la libertad –en el sexo, en la política, en el arte- anda errante, triste, deprimida. ¿La libertad?”*

Con esa pregunta termina el artículo. Y es que una libertad sin “el Otro”, es una libertad ya herida, triste, porque está a un paso de morir, por mucho que se exalte a sí misma. Y con ella, inexorablemente, mueren los fundamentos de toda auténtica vida intelectual y moral.

4.El amor de Jesucristo: propuesta para el hombre de una humanidad verdadera.

Si la vida es un absurdo, en efecto, nada tiene significado, todo es banal, y también la libertad, por supuesto. Y por eso mismo todo puede, en cualquier momento, pasar a ser brutal. Porque nada merece sacrificio, nada merece que arriesgue la vida por ello. Y entonces, como decía Dostoievsky, “todo está permitido”, y no hay modo alguno de argumentar racionalmente nada que realmente importe para la vida. Sólo queda el poder como contenido de las relaciones humanas. O no es así. Todavía queda un argumento, acaso el último, desde luego también el más decisivo, y además un argumento accesible a todos. Y es que, cuando se vive así, retomando la cita de Dostoievsky, “la vida humana se hace imposible”. El nihilismo consecuente puede destruir a muchos hombres, los ha destruido y los destruye de hecho, pero no encuentra ninguna complicidad en el corazón del hombre. El hombre no se resigna definitivamente y sin más a vivir en lo imposible. Es evidente que la vida sólo es humana si hay personas, si hay lazos humanos por los que uno puede dar la vida. Y que sólo dándola se cumple la verdad de lo que somos. Cuando uno no puede dar la vida por nadie de carne y hueso, inevitablemente la termina “sacrificando” (en el sentido más literal y riguroso del término) a “cosas” que valen menos que la vida, lo cual es negocio. Si se puede usar todavía sin rubor una vieja expresión usada en el marxismo, la vida está entonces “alienada”. Todo el enigma, todo el drama y la paradoja de la vida humana en nuestro contexto actual está contenido aquí. Y tal vez también aquí la posibilidad de un nuevo comienzo, de volver a lo esencial.

Preciosamente lo decía el Papa Juan Pablo II en la primera de sus encíclicas, que él mismo ha llamado programática, la encíclica *Redemptor hominis* (nº 10): “El hombre no puede vivir sin amor. El permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el mor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”. Efectivamente. Es un puro dato, una constatación que puede hacer todo el que quiera usar su razón sin filtros ideológicos.

Pues bien, esa exigencia de amor infinito que hay en el hombre tiene una respuesta. Puedo decirlo como testimonio personal –a eso venía, en realidad, mi evocación de los Picos de Europa al principio de este pregón-, y también por el testimonio de innumerables personas, que han visto, gracias al encuentro con Cristo vivo en su Iglesia, renacer en su vida la dignidad y la verdad de vivir, la alegría y la esperanza, una esperanza que no defrauda. Esa respuesta se llama Jesucristo, el Hijo de Dios, que ha asumido nuestra condición humana, y ha unido su propio destino al destino de cada hombre y de cada mujer, de modo que su triunfo, el triunfo del amor infinito de Dios sobre el pecado y sobre la muerte, sea también nuestro triunfo, y así podamos participar de su vida, inmortal y eterna. Por esto precisamente, como dijo el Concilio Vaticano II (Constt. Pastoral *Guadium et Spes*, 22) y ha repetido incansablemente el Papa, Cristo Redentor “revela plenamente el hombre al mismo

hombre". En Cristo, "el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad, y el valor propio de su humanidad" (*Redemptor hominis*, nº 10).

Si el mundo en que vivimos, si tal vez nuestra forma de vivir la vida se parece algo a lo que hemos descrito más arriba, es decir, si en el horizonte de nuestra cultura y en la vida que vivimos vemos por todas partes una sociedad envejecida, unos hombres y mujeres tan afanados por poseer, o por tener prestigio y poder, como faltos de alegría y de esperanza y llenos de soledad y de sufrimiento, una libertad tan triste, ¿se puede hablar de otro modo de la Semana Santa? ¿No sería un crimen de lesa humanidad ocultar o distraer de este hecho único, fundamental, que da significado y valor humano a la Semana Santa, a las imágenes y a las estaciones de penitencia, porque da significado a la vida del hombre?

En el mismo pasaje que ya he citado más arriba encíclica *Redemptor hominis*, el Papa prosigue: "El profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama evangelio, es decir, Buena Noticia. Se llama también cristianismo." Una definición así nos sorprende. Lo más probable es que ninguno de nosotros, en el caso de que alguien nos preguntase qué es el evangelio, o qué es el cristianismo, hubiéramos respondido en esa clave. Antes hubiéramos dicho mil cosas. Y sin embargo, la definición no es de ningún teólogo marginal, sino de Juan Pablo II, que en esta frase nos da las claves de su pontificado, y de su magisterio para la Iglesia en esta hora del mundo.

Conviene subrayar que esta clave, aunque esté expresada en términos nuevos, y muy adecuados a la situación del hombre de nuestro tiempo, expresa en realidad algo que ha sido afirmado por toda la gran Tradición cristiana, porque constituye el núcleo mismo de la experiencia de fe, que han hecho millones de hombres a lo largo de estos veinte siglos, y que hacen hoy quienes encuentran verdaderamente a Jesucristo en la comunión de la Iglesia.

"¿Quién podrá hablar jamás del amor al hombre propio de Cristo, rebosante de paz? ¿No sabéis que existe un hombre al que dirigirse y que ama nuestra vida con un amor mayor que aquel con que nos ha amado nuestra madre?" Así describía un escritor cristiano del siglo VI, el llamado "pseudos-Dionisio Areopagita", los misterios que junto a toda la Iglesia nos preparamos a celebrar, esto es, la redención del hombre por la muerte y resurrección de Cristo. Y San Bernardo, nos recuerda que éste a quien podemos dirigirnos, es Dios, que ha venido en la carne para revelarse a los hombres, que somos de carne, y para que al manifestarse en la humanidad, pudiera ser reconocida su bondad. Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?, se pregunta el Salmo. Pues bien, continúa el Abad de Clavaul, "sepa el hombre cuánto Dios se ocupa de él, y conozca lo que de él piensa y siente; considerando a qué ha llegado Él por ti, reconoce cuánto vales tú para Él". Dejadme citar un tercer testimonio, contemporáneo esta vez: la gran novelista y narradora norteamericana Flannery O'Connor, hablando una vez de la vocación del novelista católico, comentaba: "Henry James solía decir que la calidad de una novela depende de la cantidad de "vida real" que pudiera percibir en ella. Lo que un novelista católico percibe en la vida es el misterio central de la fe cristiana: que por más horror y miseria que haya en la vida, Dios ha considerado que valía la pena morir por ella". No sólo el novelista católico, añado yo. Eso es lo que da a la vida la dignidad y la grandeza que nosotros no le podemos dar. Y eso, precisamente eso, es lo que la Iglesia celebra en la Semana Santa, y lo que proclaman a voz en grito, aunque en silencio, nuestras imágenes en las procesiones.

En realidad, en esto se resume todo: mirando a Jesús en su Pasión, Muerte y Resurrección, comprendemos hasta qué punto la vida de cada hombre es preciosa para Dios, y de qué modo el Hijo de Dios, obedeciendo el designio de amor del Padre, e implicándose en la historia humana, por así decir, suya esa historia, con toda su trama de anhelos y frustraciones, de grandezas y miserias, abrazándola en la cruz, ha querido rescatar nuestra vida, para que, unidos a Él y vivificados por su Espíritu Santo, alcancemos nuestro verdadero destino de felicidad.

Si, Dios no quiere otra cosa que la felicidad y la vida del hombre, de cada hombre y de cada mujer. El hombre es, como también dijo el Concilio y ha repetido el Santo Padre muchas veces, la única criatura que Dios ha amado por sí misma. "Reconoce cuánto vales tú para Él". Seas quien seas, sea tu historia la que sea, tengas las cualidades que tengas, "Dios te ama, Cristo ha venido por ti". Ahí está toda la verdad de que la Iglesia es portadora, todo el Evangelio, toda la luz posible sobre el rostro doliente del hombre. Es un mensaje sencillísimo, siempre el mismo y siempre nuevo. Es también un mensaje cargado de implicaciones para la vida concreta de los hombres, hasta para el método de construir el bien común y la convivencia social. Según ese mensaje, según la experiencia de la Iglesia, el verdadero valor de una vida humana no lo dan sus obras, y menos aún su dinero, su saber o su posición social. La única medida justa del hombre es la del amor de Cristo, y su valor el de la sangre de Cristo. Un valor infinito, por tanto. Sólo en esta medida no deja a nadie fuera, sólo esta medida considera a cada persona en su verdad. Todas las demás son parciales, todas las demás separan a unos hombres de otros. Todas las demás dejan al hombre solo con sus anhelos incumplidos.

Por eso el encuentro con Cristo, cuando es verdadero, es siempre, y ante todo, una experiencia nueva de la propia humanidad, y del valor de la propia vida. No es cuestión de ideas, ni de obligaciones morales en primer lugar. El encuentro con Cristo, que siempre sucede en un encuentro humano, es un acontecimiento en la vida, y produce el mismo efecto que todos los acontecimientos grandes de la vida: un cambio en la mirada, y en primer lugar, de la mirada a la propia persona y a la propia vida, rescatada por el amor y la misericordia con que otro la mira y la sostiene.

## 5.La cultura de la Semana Santa.

Tras esta reflexión, no creo que sea preciso detenerse mucho en lo que significa, en concreto, la Semana Santa. Mis queridos hermanos cofrades: cuando, con el cariño y la seriedad con que lo hacéis, preparáis vuestros pasos, sois portadores de algo infinitamente más bello y valioso que una hermosa talla, o de una peculiar tradición local del pasado. Sois portadores de todo un patrimonio cultural, en el sentido más fuerte que se le pueda dar a este término, y de un patrimonio cultural de una vigencia –yo diría, de una necesidad, de una urgencia- enormes. Es el patrimonio cultural de la primacía de la persona sobre las cosas, de la primacía del ser y del darse sobre el poseer, de la primacía de la razón y de la libertad sobre el poder. Es el patrimonio del que ha nacido lo mejor de nuestra historia: una civilización en la que cada hombre es protagonista de su historia, y en la que los hombres se unen libremente, no para defender sus intereses, sino para aportar lo mejor de sí mismos al bien común. ¿Pensáis acaso, por ejemplo, que podría haberse construido de otro modo la Catedral de León, o la tradición intelectual de las universidades, o la misma vida civil de Occidente?



El rostro de Cristo ensangrentado, proclama a los hombre de hoy que buscan el significado de su vida la inmensidad del Amor que se ha hecho carne, y el valor sagrado de cada persona humana. Proclama también que ese valor sagrado de la persona no es una idea creada por los hombre, sino que está indisolublemente ligado a un acontecimiento preciso de la historia, al don que el Hijo de Dios encarnado, Jesucristo, hace de sí mismo a los hombre hasta la muerte, porque "no hay mayor amor que el de quien da la vida por sus amigos" (Jn 15,13). Proclaman también, por último, que hay un pueblo que cuida, ama y vive de ese Amor. Ese es el valor cultural de la Semana Santa. No lo rebajéis vosotros. No dejéis que nadie os lo rebaje.

Sólo una observación final, que se deduce en gran medida de lo anterior: evidentemente, en la nostalgia que siente el hombre de hoy por una humanidad verdadera, la belleza de los pasos puede dar lugar a un cierto espejismo. Pues esa belleza, de la imagen, del amor que la venera y la adorna, y de la procesión de los hombre que la acompañan con orden y con seriedad, recrea por un momento la imagen de un mundo distinto, y que además es bello. Y por eso puede distraer del hastío del trabajo o de la vida. Pero de nada serviría si ese mundo estuviera fuera de la realidad, si no fuera portador de un significado para la realidad, si no fuera una invitación a encontrarse con Aquél que da sentido al nacimiento y a la muerte, y al matrimonio y al trabajo, y a la fatiga de buscar y defender el bien común. Claro que la belleza formal, o la pericia y el buen hacer de los papones, o el encanto del paso de las imágenes sagradas por un rincón especialmente recogido o por un marco espléndido pueden dejar un buen sabor de boca, y el recuerdo de unos momentos de sentimiento y la curiosidad de haberse asomado, como por una rendija, a un mundo que ya no existe, como cuando se escucha una cantiga. Pero esa visión momentánea, que puede sin duda conmover, no cambia por sí sola la vida, no sostiene la vida, si lo que las procesiones proclaman no puede después encontrarse en la vida misma de un modo cotidiano, en la manera humana que el Señor ha querido en la encarnación y en el don de su Espíritu. Pues o Cristo está en la realidad, o no está en ninguna parte. Pero si Cristo no está en ninguna parte, la más bella y conmovedora de las imágenes no tiene el poder de arrancar al hombre de su desesperación o de su vacío.

El reto no es para vosotros solos, sino para todos los que somos de Cristo, los que hemos conocido a Cristo. Evidentemente, también para vosotros. No se trata principalmente de la exigencia de formarse, o de ser unos cristianos más coherentes. A mi juicio, se trata sobre todo de que cada uno de nosotros podamos vivir con más conciencia el significado bueno para el hombre de lo que llevamos sobre los hombros, de lo que acompañamos. Se trata de que cada uno de nosotros puede hacer la experiencia de la misericordia infinita de Cristo, del amor concreto de Cristo por la propia vida, en primer lugar, para poder experimentar nosotros mismos la alegría de la redención. Pero también para ser portadores de ese amor, como lo somos de las imágenes de nuestros titulares, en la familia y en el trabajo, entre los amigos y vecinos, en todo el entramado de la vida social.

Y esto, que es lo más importante, no es sólo cuestión de un esfuerzo nuestro, o fruto de un plan nuestro: claro que hay que buscar y adherirse a los signos de su presencia; pero sobre todo hay que desearlo para la propia vida, hay que pedirlo al Señor, para cada uno y para todos. Que la Virgen María, espejo y estrella de la Redención, que acogió el do de Cristo, y se unió a él, hasta el don de la pasión, nos lleve hasta Él, y haga que esta Semana Santa sea un tiempo de gracia para todos vosotros y para las personas que tengáis cerca.

León. 2 de Abril del año 2001.